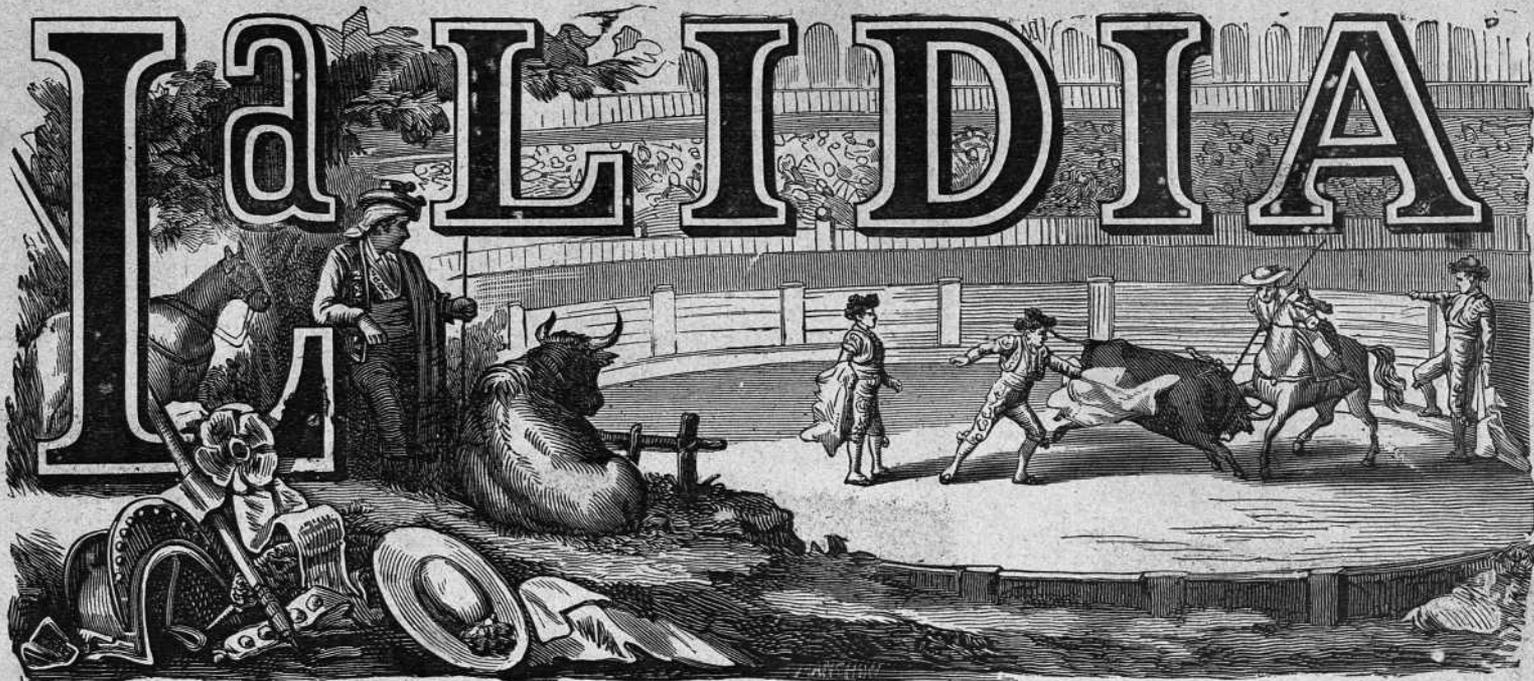


NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.



PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 íd. extraordinarios. 5.

La correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

SUMARIO.

La muerte de Saleri, por Manuel Martínez Hurtado, Blanquito y Diego Prieto.—La semana, por D. J.—Toros en Madrid (3.ª corrida de abono), por Don Jerónimo.

LA MUERTE DE SALERI.

Llegamos forzosamente los últimos para ocuparnos de la catástrofe de México, pero, en cambio, podemos ofrecer á nuestros lectores datos extensos, circunstanciados y fehacientes, completamente desconocidos hasta ahora, y que relatan la tragedia con tan vivos y naturales colores, que conmueven hondamente el ánimo y presentan al desnudo los nobles sentimientos de los hombres de coleta.

En las tres cartas que á continuación vamos á copiar, se encuentra la relación de la cogida y muerte de Saleri, en toda su punzante y ábrumadora realidad.

No hemos querido hacer la menor corrección en las cartas de Blanquito, peón que se llevó al toro, y de Cuatro-dedos, matador de cuya cuadrilla formaba parte el pobre difunto.

La sintáxis con que están redactadas pone más de relieve que un estilo conveniente, al cual no están por otra parte obligados los toreadores, la situación de éstos al ocurrir la catástrofe, y el efecto que la muerte del compañero produjo en todos los corazones.

He aquí las cartas:

Copia literal de una carta que dirige un amigo particular referente á la muerte de Saleri.

México y Enero 16 de 1888.

Sr. D. José León.

(Sevilla).

MUY SEÑOR MÍO Y ESTIMADO AMIGO: Paso á poner en su conocimiento la triste noticia que ayer noche me llegó por el telégrafo de Puebla, y que desgraciadamente se confirma.

En la mañana del viernes, salió la cuadrilla para Puebla donde debía torear ayer domingo 15. Saleri quedó dormido y perdió el tren, saliendo por consecuencia el sábado 14 por la mañana.

Ayer todos torearón como digo, en Puebla. Los toros eran de procedencia que ignoro hasta ahora, y parece (según carta que del Blanquito recibo), que fueron mansos y grandes.

Todo fué bien al parecer hasta el cuarto toro, en el que el empeño de Saleri fué tan decidido por saltarlo con la garrocha, que se hicieron inútiles los ruegos de Diego Prieto y Morenito que le quitaron de las manos el palo, viendo las malas condiciones del bicho.

A pesar de las observaciones y oposición de los compañeros, dejándose llevar sólo de su arrojo y de su indómito poder, Saleri, después de brindar al Gobernador, se fué al bicho para saltarlo. En el momento de dar dicho salto después de arrancarse el bicho, y al mismo tiempo de ir Saleri por el aire, el toro se quedó parado dando lugar á que dicho diestro cayese en los cuernos, siendo enganchado por la ingle derecha, ocasionando la rotura de la arteria femoral, y deshaciendo parte de los intestinos. Además sufrió al caer una herida profunda en el cráneo. En estos momentos, Blanquito pudo quedarse con el toro y dar lugar á Bienvenida y Morenito para levantar á nuestro desgraciado amigo, que antes de salir de la plaza, para la enfermería, no era ya otra cosa que un cadáver.

Informado el público de lo ocurrido, y á instancia del Presidente, terminó la corrida que con tantos aplausos y tantos apuros para toda la cuadrilla había comenzado.

Ayer ha debido ser sepultado en Puebla su cadáver. Que Dios haya tenido misericordia de su alma, y le conceda el descanso último que bien merece.

Suyo s. s.—MANUEL MARTÍNEZ DE HURTADO.

Carta de Blanquito.

Puebla 18 de Enero de 1888.

APRECIABLE AMIGO JOSÉ: El contenido de ésta es para manifestarle la desgracia ocurrida de su compadre: sabrá V. como el día 15 de Enero toreamos en este pueblo por primera vez con un entusiasmo atroz, y sobre todo con el difunto.

Salimos toreado y no hemos oído más palmas nunca. Diego en la muerte estuvo muy bien, y todos y su compadre; ha sido una de las tardes que hemos gozado más. A el mismo toro de la desgracia, dió un cuarteo con la garrocha en la mano, el mejor que ha dado en este mundo; calcúlese lo que se armaría: pero entre Diego y el Morenito echaron una riña con él para que no lo saltara. Era un toro que de torearlo estaba manso, y V. sabe lo cansado que él se ponía. El público, al ver las demostraciones, se echó encima chillando, y le brindó el toro al Gobernador de ésta; ya aquí, es donde nos pudimos explicar lo que íra á hacer; no lo sabía más que Dios y él.

La cuestión.—Citó al toro; se le arranca, y él, lo mismo, sin saltar y sin hacer nada; se mete en la cara del toro como un tonto; como un muerto; es decir, como una estatua; inmóvil y sin moverse; sin saber lo que le pasaba; asustado. En el momento no hizo el toro más que meterle la cabeza, y todo

fué un pronto, engancharlo y dejarlo caer de seguida; ni derrotó, ni se movió el toro para nada, ni lo detuvo en la cabeza; pero en ese pronto, cuando cayó para el otro mundo, no hemos tenido el consuelo de oírle hablar nada. Yo me llevé el toro, y cuando lo cogieron muerto, era menester ver el cuadro, todos llorando, y al instante suspendieron la corrida. El público superior; la cornada parecía la picada de una avispa en la ingle derecha, en el nacimiento del empeine; no echó ni una gota de sangre.

Sobre la cuestión de su entierro, mandó el Gobernador una razón que él lo costeara todo, no dejando pagar nada; y el día del entierro fué el desborde de 7.000 personas.

El domingo, ó sea el día 22 del mismo mes, es el beneficio para la familia, y otro en México. Le mandaré noticias; todo lo suyo lo ha guardado Diego, y se ha hecho inventario.

Sin más su s. s.—BLANQUITO.

Carta de Diego Prieto.

Puebla y Enero 17 de 1888.

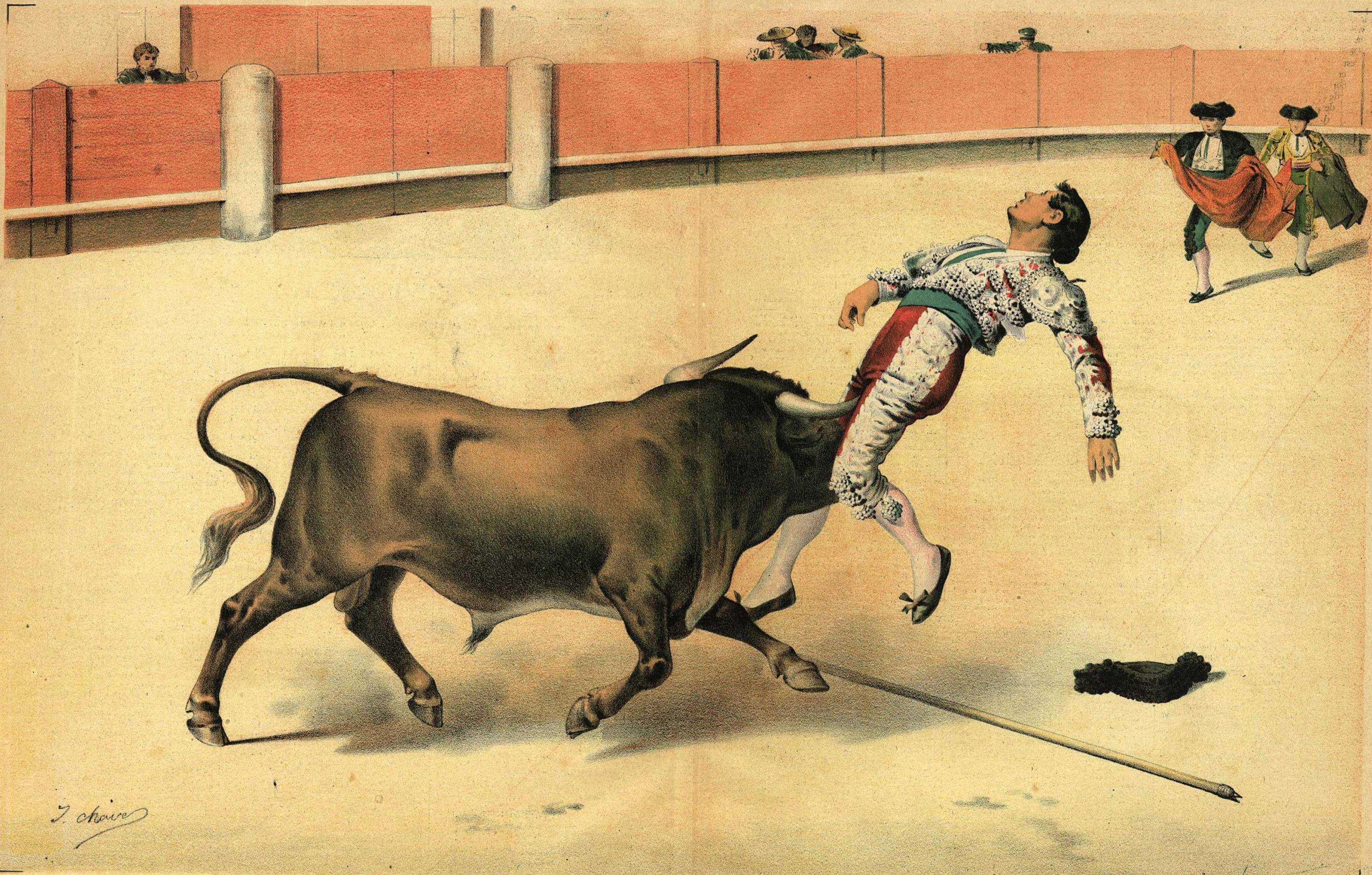
AMIGO JOSÉ: La pluma no puede trazar el dolor tan grandísimo, y el inmenso sentimiento con que le dirijo ésta.

Vinimos á torear á Puebla por no tener Plaza mientras estuviera Mazzantini en México; por no estar parado dije: echaré por mi cuenta dos ó tres corridas en Puebla; y en la primera, domingo 15 de Enero, con un entusiasmo atroz el público, entre multitud de aplausos y ovaciones, salió el cuarto toro, y el pobrecito Saleri se lo brindó al Gobernador de ésta que ya el día antes le había dicho que le brindaría el salto; yo le insté tres ó cuatro veces para quitarle la garrocha porque el toro era manso; pero el desgraciado, como tenía tanto amor propio y era tan valiente, se arrancó el toro, y éste se le quedó, con tan mala suerte, que no se pudo ir, enganándolo por la ingle y resultando con una cornada y una gran herida en la cabeza que, cuando lo cogimos, estaba espirando; figúrese V. lo que por mí pasaría: si me arrancan el corazón, no lo siento tanto, pues parecía la plaza un valle de lágrimas. Todos llorando como chiquillos, y el público demostró lo mucho que lo quería; pues en aquel momento todo el mundo se fué á la calle llorando que parecía que Puebla tenía un día de duelo. En fin, José, todo lo que le diga es poco: el domingo le voy á dar un beneficio para su desconsolada madre y sus desgraciados hijos, á ver si Dios me ayuda y el público mis intenciones por socorrer y aliviar en su afección á esos desgraciados.

Se ha hecho un inventario ante un notario y un abogado que á él lo querían mucho, de todo cuanto tenía y ha ganado. Dios quiera ayudarme en mis pensamientos.

Sin más, consuela á su desgraciada familia en

LA LIDIA.



J. Chaves

Imp. y Lit. de J. Palacios.

COGIDA Y MUERTE DE SALERI EN MÉXICO.

Arenal, 27, Madrid.

lo posible en nombre de sus compañeros que no le olvidan nunca, y yo viviré rogándole á Dios toda mi vida por el alma de mi querido Saleri; mande lo que quiera á su verdadero amigo, DIEGO PRIETO.

Después de copiadas las cartas precedentes, nos resta únicamente añadir que Juan Romero Saleri era un banderillero muy arrojado que pareó por primera vez en la plaza de Madrid, en la tarde del 11 de Octubre de 1885, formando parte de la cuadrilla del Gallo, á raíz de la defección de Guerrita.

El salto de la garrocha era la especialidad de Saleri, y en su suerte favorita ha encontrado la muerte, rodeado de circunstancias que una inevitable fatalidad acumuló para producir la catástrofe.

Descanse en paz el desgraciado torero y sirva su muerte de ejemplo á los que hostigados por excesivo amor propio, desprecian las reglas del arte, y caen víctimas de un arrojo estéril y expuesto siempre á fatales contingencias!

LA SEMANA.

Lagartijo en Sevilla.—Pelear de gallos.—Los gallos cordobeses.—Los gallos de Cartajena y Valdepeñas.—El gran *Tumba-lobos*.—Derrota de la escuela cordobesa.—Los zulús en Sevilla.—Guerrita y el Bebe.—Bastonzos y silletazos.—Los irracionales.—La corridas de feria en Sevilla.

En los círculos taurinos, en esos famosos círculos que posee la villa y corte, y están situados en lugares donde no penetra jamás la mirada humana, no se ha hablado de otra cosa durante la semana última que de Sevilla, y de corridas de toros y de peleas de gallos.

La ida á Sevilla de Lagartijo ha revestido todos los caracteres de un acontecimiento.

Rafael había jurado, según dicen, no hollar jamás con su garbosa planta la ciudad del Bétis, desde que sucesos desagradables le habían alejado de ella hace algunos años.

Y ha vuelto allá tras larga ausencia. A qué? A presenciar las corridas de feria? Ni por pienso. Lagartijo ha vuelto á Sevilla con el único y exclusivo objeto de presenciar unas peleas de gallos que traen revueltos y á mal traer á todos los hijos, padres, hermanos, tíos, sobrinos y demás parientes y amigos de la gente cordobesa.

*
*
*

Rafael tiene la chifadura *gallinácea*; su pasión por los gallos es tal, que posee en el campo de la Merced una colección de volátiles con espolones que cuida con amorosa solicitud, y á la cual dedica, durante el invierno, todos sus desvelos. Y los gallos de Lagartijo y de otros galleros de Córdoba, constituyen un ejército de combatientes plumes que libra tremendas batallas con bipedos imberbes é increstes, pertenecientes á gallos rivales de Cartajena y Valdepeñas.

En las reuniones de uno y otro campo, no se oyen más nombres que los de Rafael, Paco Calderón, el famoso picador de toros retirado en Alcalá de Guadaíra, José María, Dámaso, Mínguez, Tomás y otros incubadores de gallos, ni más expresiones que jaca naranja, gira, pollo, tablas, puyas y demás del tecnicismo gallináceo.

*
*
*

Hay, pues, en los gallos como en los toros, una *escuela cordobesa*; pero parece ser que los gallos de esa escuela no emulan los triunfos de sus paisanos los toreros, porque en frente de ella existe una *escuela cartajenera-valdepeñera*, ó sean gallos de Cartajena y Valdepeñas que traen de coronilla á los de Córdoba y otras poblaciones de Andalucía.

Las peleas han sido tremendas este invierno, y los cordobeses, incluso Rafael, han perdido algunos miles de pesetas en la batalla. Y gracias á que un gallo cordobés, llamado por mal nombre *Tumba-lobos*, hizo tablas últimamente con su adversario, no se quedó sin blanca la gallería de Córdoba.

Las peleas se habrán reproducido en Sevilla durante los primeros días de feria. No conocemos aún los resultados, pero inútil es decir que daremos de ellos inmediatamente cuenta á nuestros lectores.

*
*
*

Dejando aparte el batallón de los gallos, la nota dominante de la semana, ha sido el incidente ocurrido á Guerrita en Sevilla. Los villamelones de la clase de zulús que abundan, por lo visto, á orillas del Guadalquivir más que en otras partes, han asomado su repugnante cabeza, y estado á punto de proporcionar al valiente torero cordobés un serio disgusto. He aquí en qué términos lo relata *El Adalid* de Córdoba del actual.

Por personas que presenciaron la última corrida verificada en Sevilla, en la que tomaron parte el inteligente y célebre diestro cordobés Rafael Guerrita, y el bravo y joven espada *El Espartero*, hijo de aquella localidad, podemos ampliar los datos de los que en su número de ayer con-

signa nuestro estimado colega local *El Diario de Córdoba*. Parte de ese público sevillano que en su ciego apasionamiento quiere hacer imposible que puedan alternar en aquella plaza más que toreros sevillanos, empezó á insultar injustamente con gritos y palabras groseras á el joven espada cordobés *Guerrita*, que hizo cuanto puede hacer el más consumado diestro en la muerte de los dos *bueyes* de Orozeo que le tocaron en suerte, cumplió como bueno su cometido, menospreciando aquella salvaje gritería; mas lo más grave é inaudito del caso fué á la salida de la plaza en que trataron ya de agredir violentamente á el simpático espada cordobés, á el cual rodearon al punto sus paisanos que respondieron con arrogante intrepidez á la *chusma* sevillana, cambiándose algunos golpes por una y otra parte, y debiendo consignar, con imparcialidad, que *El Espartero* fué el primero que manifestaba su indignación ante aquel atropello. A consecuencia de estos lamentables incidentes, encontrándose aquella noche en el café Suizo de Sevilla nuestro paisano el célebre banderillero *El Bebe*, fué también objeto de insultos groseros en aquel local, hasta el punto de obligarle á arrojar una silla á la cabeza del que tenía más cerca, y después, con el bastón que llevaba, se impuso valientemente á sus ofensores.—

Los comentarios huelgan, pero hay que decir que es muy triste ver á los enemigos de las corridas de toros sacar gran partido de estos salvajes incidentes, y envolver á la inmensa mayoría del público en las censuras que sólo deben dirigirse á media docena de estúpidos, á quienes la naturaleza ha creado con los ingredientes que usa para hacer seres irracionales. Y no hablemos más de este odioso asunto.

*
*
*

En las corridas de feria en Sevilla, los toros de Anastasio Martín fueron muy malos; los de Miura cumplieron, y los de Saltillo resultaron superiores.

Salvador ha toreado generalmente con desigualdad en las dos primeras corridas, pero en la última volvió por su buen nombre, matando magistralmente y alcanzando ruidosísima ovación.

El Espartero ha estado muy desigual y mucho más desgraciado que afortunado. En cambio, Guerrita se ha llevado los aplausos de la plaza. Arrimándose á los toros y arrancándose á matar con coraje, es como se contesta á las brutalidades de los zulús y se ganan las simpatías generales. Ese es el camino, muchacho! Y adelante, sin volver jamás la *fila*, ni á los toros ni á los villamelones.

D. J.

Toros en Madrid.

3.^a CORRIDA DE ABONO. 22 DE ABRIL DE 1888

Tarde fría, ventosa y lluviosa á ratos; corrida accidentada y llena de peripecias de todo género, con intervención de la piara de villamelones de que tanto partido sacan los adversarios de nuestra fiesta, de todo hubo ayer tarde en la Plaza de Toros de Madrid, colocada desde hace poco tiempo, para mal de nuestros pecados, bajo la advocación eburifante de los Sres. Menéndez de la Vega y Romero Flores.

EL GANADO.

Los carteles de la Empresa anuncian ahora el ganado poniendo por delante el árbol genealógico de la familia. Los toros corridos ayer eran, fijense Vds., de la ganadería de D. Juan Vázquez, procedentes de la testamentaria de doña Teresa Núñez de Prado, y oriundos de la de D. José Arias de Saavedra.

El mejor día añaden: "enjendrados por un toro sardo, dados á luz por una vaca ensabanada, y comprados por la Empresa M. R. F., para ser lidiados en la Plaza de Toros de Madrid, capital de España, y distrito de Castilla la Nueva. Para más detalles, dirigirse al almanaque del *Zaragozano*."

Uno de los toros de Vázquez-Núñez de Prado-Arias de Saavedra, tuvo á bien inutilizarse y fué sustituido por un buey de Anastasio Martín, procedente (vayan Vds. á saber de donde procedía), y oriundo (cualquiera lo averigua!)

Corriéronse, pues, cinco reses de la consabida trinidad ganadera, y uno, el último, de la otra.

El primero, buen mozo y bien armado, empezó manso; se creció, empujó y con certera puntería despachó cuatro caballos, en diez varas que le propinaron, á cambio de cuatro costaladas.

El segundo, choto sin cuernos, incierto y guasón, tomó ocho puyazos y dió una caída.

El tercero, sacudido de carnes, abierto de cuerna, de muchos piés y mala intención, empezó arreando tras Rafael á la salida de la primera vara y zambulléndose en el callejón detrás del *abuelo*, que no tuvo desavío que lamentar, gracias á haber tomado el animal viaje contrario. Aguantó, cerniéndose, ocho varas, propinó cuatro tumbos monumentales y mal hirió dos jacos.

El cuarto, pequeño y cornicorto, tomó con bravura y empuje ocho varas, dió cuatro caídas y mató dos caballos.

El quinto fué un buey sin cuernos, que entró seis veces, se coló suelto dos, dió dos caídas y mató un caballo.

Y el sexto (de Martín), fué un infecto buey que entró tres veces rebriñando y huyendo á los caballos, y fué condenado á fuego en medio de una bronca regular.

Véase lo que hicieron los toros, y hagan los aficionados su composición de lugar que hay que decir todavía mucho, y no podemos detenernos en perfiles.

LOS MATADORES.

Rafael.—Se encontró para torear de muleta á su primer toro en condiciones humanamente imposibles. El aire fortísimo que reinaba se llevaba los capotes y descubría á todos los peones, haciendo inútiles todos los esfuerzos para colocarse en convenientes condiciones de defensa. Ayudado admirablemente por su hermano Juan, pudo Lagartijo cuadrar dos veces al toro y arrancarse de cualquier modo, dejando dos medias estocadas, perpendicular la primera y delantera y caída la segunda, que á fuerza de capotazos sin cuento fué colándose y logró interesar el sitio de la muerte. Un intento de descabello resultó infructuoso, y el toro se echó para que lo arrastraran las mulas. Dadas las insuperables dificultades que el tercer tercio presentaba, á consecuencia del aire, sería injusticia notoria censurar á Rafael. Hizo lo que pudo, trabajó con voluntad y fué más digno de aplauso que de censura.

Ojalá pudiera decirse otro tanto tratándose del cuarto toro, segundo que le tocó matar!

El viento había amainado mucho y dejaba con frecuencia libre el manejo de la muleta. La circunstancia de haberse acercado Rafael con confianza á tantear al enemigo y de haberse apoderado de él con 12 pases y tres medios, la mayor parte de ellos de lucimiento y castigo, demuestra no solamente que se podía torear, sino que el toro era muy manejable y hubiera dejado en buen lugar á cualquiera con sólo confiarse en el momento de herir.

En vez de esto, Lagartijo se huyó de una manera escandalosa, después de una estocada corta á paso de banderillas, que pudo ser honda, porque el toro rebriñó al sentirse herido, pero que no lo fué porque el matador pinchó á la carrera y salió de estampa.

Quisiéramos callar lo que ocurrió luego. Rafael disparó otra media estocada delantera, y se empeñó en que doliera el toro á fuerza de capotazos, con una insistencia que cuadra muy mal en quien cobra 22.500 reales por matar dos toros. Viendo que no lograba sus deseos, se huyó completamente, y mechó al pobre animal pinchándole hasta siete veces en el pescuezo, en las costillas y en el caballo, á la media vuelta, y hasta teniendo el toro sujeta la cabeza con un capote desde el callejón. Fué un verdadero horror que se premió con gritos de indignación y una silba ruidosa y prolongada.

El matador recibió un aviso y debió haber recibido los tres. Pasemos un velo sobre el cruento sacrificio, y esperemos al domingo que viene, confiados en que Rafael volverá por su renombre.

Hermosilla.—Como siempre, muy valiente con la muleta, y hecho un lío con el estoque, pero con ganas de aprovechar en su primero, al cual no le dejaba trastear el aire. No necesitó cirneos para torear y pinchó cuatro veces, á paso de banderillas. En su segundo también estuvo guapo con la muleta, pero al herir volvió todo cuanto hay que volver en este mundo, en las tres veces que se arrancó á matar, dando dos estocadas idas y traseras, y una que resultó muy buena porque lo quiso Dios.

Las circunstancias del tiempo nos impiden ser más severos con este matador, pero no podemos menos de advertirle los peligros á que se expone volviendo la cara á cada instante y manifestando lo que más debè tratar de ocultar un matador de vergüenza.

Guerrita.—Todo cuanto digamos de la bravura, de la sangre y del deseo de quedar bien que manifestó ayer Guerrita, sería pálido al lado de la realidad. Le tocaron los dos huesos de la corrida y no necesitó que nadie, absolutamente nadie, se entrometiese en sus faenas.

Con mucho aire, veinticinco años, admirable valor y poca práctica, hizo lo que no consiguieron ni Lagartijo ni Hermosilla; apretarse con los toros como un valiente, torearlos con frescura superior á todo encomio y arrancarse á afianzar sin meterse en dibujos, porque la tarde no estaba para ello, pero con un coraje y una voluntad dignas de los mayores aplausos. Mató á su primero de una estocada á un tiempo, contraria, y al segundo de una estocada algo ida y otra superior. Escuchó siempre palmas, y la tarde fué para él de primera. Bravo, Guerrita!

LOS BANDERILLEROS.

Buenos el Regaterillo en el segundo toro, y el Tore-rito y Manene en el cuarto.

LOS PICADORES.

Marraron y rajaron como de costumbre. Pepe Calderón agarró un buen puyazo al segundo toro.

LA LIDIA.

Un herradero escandaloso, con capotes en el suelo á cada instante, y letra abierta á los peones para hacer cuanto se les antojó. La decisión del Presidente mandando quemar al sexto toro, produjo un escándalo. Los villamelones de la clase de cafres, situados en la andanada de sol y en el tendido núm. 4, arrojaron sendas botellas al redondel, en medio de la indignación del público.

LA PRESIDENCIA.

Acertada. El sexto toro no podía ir al corral porque no tenía ningún defecto que le imposibilitara para la lidia; estuvo, pues, en su punto la decisión presidencial.

LA ENTRADA.

Deplorable. La Empresa actual ejerce positivamente una tremenda *jettatura* sobre los aficionados y el tiempo. Ni que la hubiese elegido el *maestro* Ferreras!

DON JERÓNIMO